

mártires. Hecho esto, metiéronles la cabeza en unas tablas agugereadas, y luego con cañas cortantes les serraron las carnes en varias partes. No contentos con tan atróz inhumanidad, arrojábanles sal en las heridas de cuando en cuando. Este horrible suplicio duró cinco dias seguidos. Era preciso que se reemplazasen los verdugos; y habia médicos que con un abuso abominable del arte destinado á la conservacion de los hombres, daban cordiales á los mártires para prolongar sus tormentos.

38. En las cercanías de Nangazaqui existe una montaña espantosa, llamada el monte Ungen, cuya cima, que es altísima, se divide en tres picachos, separados entre sí, y los intervalos son unos abismos de donde salen torrentes de llamas, de agua y de tierras inflamadas, con unas exhalaciones tan pestíferas que las gentes del país juzgan que aquel parage es una de las bocas del infierno. Todos los animales huyen de allí despavoridos, y las aves que vuelan por encima, perecen sin remedio, aunque se remonten mucho. Bungondono, Príncipe de Ximabara, fue el primero que ideó precipitar á los cristianos en aquellas cimas horrendas; pero considerando que morirían muy en breve si los arrojasen de repente, ordenó que los fuesen sumergiendo con mucha lentitud, y luego los sacaban para ver si apostataban de la fe. Se reiteraba esta maniobra hasta que se vencía su constancia, ó se perdía la esperanza de triunfar de ellos. Este suplicio, que era el que mas agradaba al tirano, acabó con un número prodigioso de fieles.

Algunas veces se contentaban con ponerlos desnudos á la orilla de aquellas bocas infernales, y rociándolos con el agua que arrojaban, se les llenaba todo el cuerpo de pústulas. No dejaban por eso de vivir diez, doce y quince dias; pero cuando el cuerpo del mártir no era ya mas que una llaga, le abandonaban como un cadáver tirado al muladar. Hubo entonces muchos apóstatas entre unas gentes que no habian cedido á otros infinitos tormentos. Pero hizo aun mas impresion el horror de la infamia.

39. En efecto, lo que causó mas vencimientos fue la malicia infernal que acometió á las mugeres por el lado del pudor, y á los maridos por la prostitucion de sus mugeres. Como la delicadeza de los japones en este punto es casi increíble, cayeron por desgracia muchos de los que habian resistido á todas las demás pruebas. No obstante, el número de los confesores invencibles fue mucho mayor que el de los inconstantes; y aun algunos de los que cayeron, se levantaron despues con mas gloria. Juan Naisen y Mónica, su muger, habian sido presos con otros varios fieles. Naisen, que era hombre muy principal, estaba dotado de mil prendas apreciables, y por lo mismo tenia una infinidad de amigos. Era mucho el empeño de ponerle en salvo, y no se omitió diligencia alguna para pervertirle. Pero era tan adicto á la fe, que habia firmado con su sangre que sufriria mil muertes antes que abandonarla; y ya habia sacrificado á su fe el favor de su Príncipe. Así, todas las promesas y amenazas fueron inútiles, hasta que habiendo llevado

á su muger donde él estaba, dijeron que iban á entregarla á dos mozos corrompidos. Trastornándose entonces todas sus ideas: „pérfidos (esclamó), no ultrajéis á mi esposa, y haré todo lo que de mí exijais.” Al momento fueron puestos los dos en libertad; pero se apoderó de él una pesadumbre mortal, y se agravó de tal modo su dolor con tener siempre á la vista á su muger, la cual se habia conservado siempre firme, que no pudiendo ya soportarle, fue á retractarse ante el gobernador. Prendieronle de nuevo, como tambien á su magnánima esposa, y ambos á dos consumaron dichosamente su martirio. Mónica fue degollada, y Naisen abrasado vivo.

40. Era demasiado violento este desenfreno del infierno, para que no hiciese Dios algun egemplar, capaz por lo menos de imprimir un terror pasagero. El Príncipe de Ximabara particularmente merecia un castigo terrible; pues cuando los demás tiranos solo disminuian el número de fieles en la iglesia del Japon dándola mártires, las invenciones dibólicas de Bungondono hicieron muchos apóstatas durante su vida, y continuadas despues de su muerte, produjeron por último el total aniquilamiento de aquella cristiandad incomparable. Al salir de una conferencia, en que habia tratado con los Príncipes de Ximo sobre los medios mas propios para acabar con el cristianismo en aquellos estados, le acometió, como en otro tiempo al impío Antíoco, una fiebre abrasadora que le consumia las entrañas, y se convirtió muy pronto en una especie de rabia. Espantosas eran las convulsiones

que le agitaban, la espuma que arrojaba por la boca, los gritos y alaridos que daba, y las instancias que hacia para que apartasen de su vista á un cristiano, que estaba armado (decia él) con una hoz, y le amenazaba de continuo con ella. Publicó en su capital que los que tuviesen remedios eficaces contra la calentura, se los presentasen; y habiéndole llevado mas de veinte, los mezcló todos, y los tomó estando agitado del frenesí. Apenas entró en su cuerpo aquella mezcla monstruosa, cayéronsele todos los dientes, y se sintió abrasado de un fuego tan violento, que parecia que le estaba hirviendo la sangre en las venas, y la médula en los huesos. Lleváronle á las aguas de Obama, que están á la falda del monte Ugen, y eran el comun recurso en las enfermedades desesperadas. Allí aguardaba á su víctima la divina justicia para convertir contra el tirano los instrumentos de su tiranía. Aunque no llega á estar hirviendo el veneno que forma el baño de Obama, no se puede entrar en el agua, si no se temple antes. Bungondono, para quien estaba el baño frio en comparacion del fuego interior que le devoraba, se negó á que le echasen agua fria; pero apenas entró en él, se le puso todo el cuerpo como carne cocida, y se le caía á pedazos. Principiaron las convulsiones y alaridos con mas furia que antes, y espiró poco despues horrorizando á todos los que presenciaron su muerte.

41 y 42. Siguióle muy pronto Xogun-Sama, y entonces reinó con el nombre soberbio de To-Xogun-Sama, que quiere decir Soberano de los Soberanos,

el mónstruo de orgullo, de impureza y de crueldad, que aniquiló el cristianismo de todo el Japón, ó á lo menos dejó poco que hacer á sus sucesores para acabar con aquella iglesia. Reinó desde el año 1630 hasta el de 1650, y en estos veinte años fueron muertos mas cristianos que desde el principio de las persecuciones. La historia de tantas atrocidades no podria menos de desconsolar al lector; y para dar una idea general de ellas puede decirse que todo lo que se ha visto hasta ahora, así en cuanto al número como en cuanto á la barbarie de los suplicios, no es mas que un ligero bosquejo de lo que sufrieron los fieles de Jesucristo.

43. Conservó el nuevo tirano el castigo que hemos dicho del monte Ungen, á lo que añadió la tortura del agua y el tormento del hoyo. Esta horrible tortura se daba de dos modos, y muchas veces ocupábanse los dos en un mismo sugeto. Principiaban por levantarle á una altura considerable con una cuerda retorcida, separadas las piernas una de otra, y despues le dejaban caer de cabeza en una cuba llena de agua: lo que se repetia muchas veces de seguida. Estas caidas precipitadas ahogaban la respiracion, y se vomitaba con unos dolores vehementísimos toda el agua que se habia tragado. Apretaban despues y comprimian todo el cuerpo del confesor con unas fajas, le metian un embudo en la boca, y le echaban agua sin dejarle un momento para respirar. Cuando estaba lleno é hinchado, le ponian una tabla encima del vientre, y á fuerza de andar sobre ella, hacian

que arrojase, mezclada en sangre, toda el agua que habia tragado.

Para el tormento del hoyo ataban de los pies al mártir en una viga atravesada, despues de atarle las manos á la espalda y de comprimirle el cuerpo con fajas para que no se ahogase de repente. Metianle despues de cabeza en un hoyo lleno de las inmundicias mas asquerosas, y para que no se evaporase aquel olor pestífero, aplicaban al rededor de la cintura unas tablas sesgadas que estorbaban toda traspiracion. Pero no se necesitaba de una invencion tan perversa para hacer que este tormento fuese el mas insufrible de todos. Se padecia en él una sofocacion continua, una tirantéz de nérvios y unas convulsiones acompañadas de dolores inesplicables, y salia tanta cantidad de sangre por todos los conductos de la cabeza, que á no recurrir á la sangría habrian muerto los mártires en muy pocos instantes; pero mediante este alivio detestable vivian nueve ó diez dias. Entretanto se les dejaba una mano libre, y tenian al lado un cordelito que venia á parar á una campanilla, para que pudiesen avisar si renunciaban el cristianismo. Con estas maniobras infernales consiguieron, aunque despues de muchos años, arruinar para siempre la iglesia del Japón.

44. Todos los misioneros fueron por grados víctimas de estas atroces crueldades. Lograron la corona del martirio mas de ciento y cincuenta jesuitas, y otros tantos á proporcion entre los religiosos de San Agustin, Santo Domingo y San Francisco. El comun

de los fieles, que ascendian á dos millones, mostraron una constancia semejante á la de sus maestros. Pero una vez esterminados los pastores y las ovejas de la primera generacion, se dispersó lo demás del rebaño, y no tardó en hacerse general la apostasia. Habia abolido el gobierno hasta los menores vestigios del cristianismo: se obligaba á todos los japoneses á llevar á la vista alguna insignia idolátrica, en testimonio de la religion que profesaban: los que eran hijos de padres cristianos, aunque fuesen idolátras, viéronse obligados á abandonar su país, y á refugiarse en los dominios estrangeros.

45. Cerróse la entrada en el Japón á todos los europeos, esceptuados los holandeses, á quienes se impuso la obligacion de no manifestar ninguna señal de cristianismo. Policia bárbara, y con tanta crueldad observada, que unos embajadores que habian ido de Macao en nombre del Rey Católico, fueron presos contra el derecho de gentes, y se les despojó de la vida, con sesenta personas de su comitiva, porque no renunciaron á Jesucristo. Despues de haberlos muerto, se puso en el sitio del suplicio una columna con esta inscripcion: „mientras el sol ilumine al mundo, ningun estranero ose entrar en el Japón, aunque sea en calidad de embajador, sino es aquellos á quienes las leyes permitan el comercio.”

46. Pero aun estos negociantes solo pueden arribar al puerto de Nangazaqui, desde donde, luego que se descubre un navío, los registra en alta mar un buque bien armado, y le visita con gran rigor. La

menor señal de cristianismo es bastante para que se le cierre el puerto, y queda confiscado si se encuentra en él algun sacerdote. Despues que entra el navío se reconoce otra vez, y desde luego se pone en la cubierta una lámina de cobre en la que está grabada la imágen de Jesucristo, y se obliga á toda la tripulacion á que la pise. No se sabe de cierto que á los protestantes se los obligue á poner los pies sobre el Crucifijo; pero es poco probable que se los eximiese de esta ley, á lo menos al principio, ni que tengan mucho empeño en libertarse de una disposicion que se dió por consejo de ellos. Como hereges iconoclastas se reírán de la delicadeza de los católicos; ¿pero el iconoclasta se distingue por ventura del apóstata? ¿y el desprecio con que mira la cruz en semejantes circunstancias, es otra cosa que una vil abjuracion del cristianismo?

Desde el establecimiento de esta práctica abominable, están los infelices japoneses abismados en una ceguedad de que humanamente no es posible sacarlos. ¿Pero esta tierra cultivada con tanto abinco, tan fecunda en virtudes eminentes, regada con el sudor de tantos apóstoles y con la sangre de tantos mártires, habrá sido castigada con un anatéma eterno? ¿La sangre de los mártires que en todas las demás iglesias fue la semilla mas fecunda del cristianismo, no habrá producido en el Japón sino su ruina sin recurso? ¿Habiendo dado á la Jerusalem celestial en menos de cien años aquella cristiandad tan brillante desde su origen mas ciudadanos que la mayor parte de las demás

iglesias en una larga serie de siglos, deberemos imaginar que se completó desde entonces el número de sus escogidos? No quiere Dios que pongamos límites á sus misericordias, ó que intentemos sondear los caminos de su justicia. ¡O profundidad de los consejos y juicios del Altísimo (esclamaremos al ver que la nacion mas á propósito al parecer para el reino de Dios, queda escluida de él para siempre, si hemos de juzgar por sus disposiciones actuales)! El Japón, que, considerado el ardor de su fe naciente, parecia estar destinado para llenar, á lo menos en parte, el hueco que dejaba en la Iglesia la desercion de tantas naciones europeas, cayó otra vez en unas tinieblas mas difíciles de desvanecer que en ningun tiempo.

47. Desde que los hugonotes habian enarbolado el estandarte de la rebelion, su poder establecido y consolidado en los débiles reinados de los tres hijos de Catalina de Médicis, y respetado despues, aunque por fuerza, por Enrique el Grande, disfrutaba aun de casi todas sus usurpaciones, cuando ocupó el ministerio Armando Plessis Richelieu, obispo de Luzon. Percibíase entonces en el seno de la monarquía una especie de república, que no solo tenia su religion particular y muy opuesta á la del Monarca, sino tambien sus gefes políticos y militares, sus contribuciones y su tesoro, sus consejos, sus asambleas, sus plazas de armas y sus guarniciones que no dependian del Rey, al cual solo estaban sujetos en la apariencia, y tenian dividida la Francia en ocho círculos ó cantones republicanos, cuyos gobiernos ascendian á

igual número de señores de su secta. Luego que vieron que Luis XIII se preparaba á reducirlos á una sumision real, distribuyeron sus gefes por todas las provincias del reino, á fin de oponerse en todas partes. El duque de Bouillon, distinguido por sus grandes servicios, se consideraba entonces como la principal persona del partido. No obstante, le obligó á permanecer pacífico la triste esperiencia de lo pasado. Cargó, pues, el duque de Roan, que era uno de los primeros hombres de su siglo, con todo el peso de esta guerra, que sostuvo con la triste gloria que puede resultar á un vasallo cuando toma las armas contra su Soberano. Vemos por sus memorias que no fue Roan, el único árbitro de las resoluciones, y que los clamores de los ministros, gentes tan osadas en el consejo como cobardes en los lances peligrosos, le obligaron á pedir con las armas, lo que pensaba lograr y habria obtenido probablemente con las súplicas.

48. Se encargó de hacer por sí mismo varias tentativas contra algunas plazas de Lenguadoc y del Delphinado; pero fueron descubiertos y trastornados sus proyectos. El mariscal de Themines, que mandaba las tropas del Rey en Lenguadoc, tomó por asalto el castillo de Bonnac, y usó de una severidad que manifestó á los rebeldes que por ultimo se miraba ya la rebelion como un delito. Fue quemado el castillo, y entre todos los religionarios que cayeron en manos de las tropas reales, solo se perdonó la vida á uno, con la condicion de que habia de ahorcar á todos los

demás, de cuyo número dicen que era su propio padre.

49. Por otro lado, Soubise, hermano del duque de Roan, sorprendió y se apoderó de puerto Luis en Bretaña, cogió allí siete navíos, derrotó despues la armada real, se hizo dueño del mar, y tomó la isla de Rhe y la de Oleron; pero al cabo de pocos meses el conde de Rochefoucault, valiéndose de los navíos que Richelieu habia reunido de todas partes, hizo un desembarco en la isla de Rhe, desde donde pasó Soubise con sus tropas, despues de una ligera resistencia, al fuerte de San Martin. Habiendo salido una escuadra de la Rochela, fue al punto á acometer á la del Rey, mandada por el duque de Montmorenci, almirante de Francia, la cual despues de un combate muy reñido consiguió victoria completa. El dia siguiente se rindió el fuerte de San Martin; pero antes se escapó Soubise, y se retiró á la isla de Oleron. Tomó el mismo rumbo la escuadra victoriosa, siendo esto bastante para obligarle á huir á Inglaterra, y se recobró la isla de Oleron con la misma facilidad que la de Rhe; pues no se trató mas que de reducir un fuerte donde tenian los hugonotes una guarnicion de setecientos hombres. El año siguiente 1627 logró Soubise que aprontase la Inglaterra un refuerzo de ciento y cincuenta velas con tropas mandadas por el duque de Buckingham, que desembarcaron en la isla de Rhe; pero todo este formidable armamento fue arrojado de la isla en algunos meses por el mariscal de Schomberg. Entonces pidieron con humildad la paz los

rebeldes, é hicieron que la solicitasen los protestantes de Alemania, aliados de la Francia. Ya se habian ajustado con ellos tres paces desde el año 1612, con unas condiciones que les eran muy ventajosas, y no obstante fueron bien admitidas sus súplicas, porque en un reinado que aun no habia adquirido la consistencia necesaria, era forzoso recurrir á estos temperamentos. Pero se conoció ya la necesidad de abatir una secta que solo abrazaba el partido de la sumision cuando no estaba en estado de seguir sus rebeliones.

50. La Rochela, capital de la república que pretendian establecer en Francia los hugonotes, era la guarida de los rebeldes mas furiosos: allí se tomaban las resoluciones mas violentas: de allí salian la mayor parte de los atentados cometidos contra el trono; y de allí habia salido por último la escuadra que se habia atrevido á medirse con la del Rey. Eran tan delicados los sectarios en orden á su independencia, que una de sus guerras habia sido causada por la construccion del fuerte Luis, edificado en sus inmediaciones por orden espresa del Monarca. En una palabra, era la Rochela la cabeza de un mónstruo que vivia en el seno de la monarquía, que se sustentaba con su sustancia mas pura, que solo podia crecer á espensas de ella, y que merecia ser cortada por Richelieu. Formó este ministro el proyecto, le meditó, se fijó en él, y nadie dudó ya de su egecucion, no obstante los grandes obstáculos que se presentaban. Por el lado de tierra estaba fortificada la plaza con seis grandes baluartes guarnecidos de cien piezas de

artillería, y por otra parte era casi inespugnable á causa de los pantanos de que estaba rodeada. Por el lado del mar, estaba abierta la entrada á todos los enemigos del reino, y particularmente á los ingleses, los que llevaban todos los días nuevos auxilios y refuerzos. Los habitantes del pueblo, á quienes el fanatismo inspiraba un valor igual al de los soldados veteranos, habian resuelto perecer con sus mugeres é hijos antes que rendirse. Conociendo Richelieu que solo conseguiria reducirlos á fuerza de tiempo y por hambre, formó una circunvalacion de tres leguas de terreno, y ordenó construir mas cerca de los baluartes trece reductos muy grandes. Para cortar los auxilios que llegaban por mar, mandó formar en la rada aquel dique prodigioso de ciento cuarenta y siete toesas de largo, dejando á la mitad de él una entrada por donde no podian pasar dos navíos de frente, y en una y otra parte habian construido dos fuertes coronados de artillería de grueso calibre para defender este paso estrecho. Llevóse á cabo esta grande obra del modo mas sencillo. Pompeyo Targone, famoso ingeniero italiano, formó al principio, con toneles llenos de madera, distintas estacadas que no pudieron resistir á la fuerza de los vientos y de las aguas. En fin, Clement, natural de Dreux, que fue despues arquitecto del Rey, y Juan Tiriau, maestro de obras de París, hicieron llevar una porcion de barcos que se colocaban en la direccion del dique proyectado, y se cargaban de piedras hasta que se iban á pique. Las agitaciones del mar reunian al rededor la arena y el

casquijo que en muy poco tiempo formaron una mole sólida, y tan firme como los límites fijados por la naturaleza.

Riéronse al principio de la empresa los sitiados, atribuyéndola al orgullo del ministro, de quien decian que habia formado el proyecto quimérico de enseñorearse del Océano; pero cuando vieron que el dique burló los esfuerzos sucesivos de dos escuadras inglesas, le miraron de muy distinto modo. No obstante, no por eso pudo reducirse su obstinacion, defendida por otras muchas pasiones. Guiton, corregidor de la ciudad y encargado del mando de las tropas, mandó que se pusiese un puñal encima de la mesa del consejo para degollar al primero que hablase de rendirse. Padecióse así una hambre estremada: se comieron todos los animales domésticos, perros, gatos y todos los ratones que pudieron cogerse, y fue tan grande la escasez en mas de un año que duró el sitio, que dió al traste con doce mil personas. Instruido el ministro de estos apuros, y conociendo que la plaza no podia tardar en rendirse, quiso dar al Rey el placer de que pudiese atribuirse la victoria. Luis, naturalmente esforzado, habia asistido al principio del sitio, en el que iba á la trinchera, y aparecia á cuerpo descubierto para reconocer todas las obras; se estremecian los mas intrépidos al ver los riesgos á que se esponia, y no se apartaba de las baterías, donde le pasaron por encima de la cabeza mas de trescientas balas de cañon. Pero con motivo de su quebrantada salud y del rigor del invierno, se vió obligado á